

Lo completamente diferente, lo radicalmente desconocido, no es lo que nos resulta más aterrador. Aterrador es percibir lo familiar, lo íntimo, como amenazante. Los juguetes de infancia moviéndose por sí solos, el amado con mueca maligna, mi propia imagen deformada en el espejo... En su ensayo de 1919, Freud define Das Unheimlich como la inquietante extrañeza, el secreto en nosotros que no debió de haber salido a la luz. La traducción más habitual al español de ese título clásico del psicoanálisis es Lo Siniestro.

En lo siniestro, los miedos infantiles regresan transformados en racionalizaciones adultas. Desaparece la distancia entre los relatos fantasmagóricos y la realidad vivida. Y dudamos de poder establecer la distinción entre lo externo y lo interno. Lo siniestro nos incapacita para cumplir con los comportamientos admitidos en lo social, rompe la cotidianidad a través de la sospecha en el enemigo agazapado en mi propio yo. Lo siniestro es entretenimiento cuando se le muestra ficcionalizado espectacularmente, y tabú cuando surge en las conductas de lo privado.

En la obra de Plácido Merino, lo siniestro, triunfante, nos mira con cuencas vacías, con rostros desfigurados que emergen y se sumergen entre las sombras de los espejos de papel. Espejos del nosotros interno que vive entre los pliegues de nuestro yo más civilizado. Como un recordatorio de lo dicho por Schelling: todo lo que ha estado destinado a permanecer en secreto, en lo oculto, saldrá a la luz.

Ishtar Cardona  
Octubre de 2021